Pólvora mojada

Angel Fernández-Santos

La traca final de las actuaciones en televisión de los partidos y coaliciones se presumía animada. No lo fue.

En los nueve discursos volvieron a repetirse no sólo las mismas tendencias formales ya apuntadas en los anteriores, sino también idénticas argumentaciones. Ningún orador se había guardado cartuchos inéditos. Asistimos anoche a una larga procesión de repeticiones.

Novedades, hubo ciertamente algunas, pero epidérmicas. Por ejemplo, Suárez, que lee muy bien y sabe mirar a la cámara con una estudiadísima ingenuidad, volvió a la carga con sus famosos "ritornellos", que prodigó en dos largas tandas.

La impresión final de su discurso fue la de un joven aspirante a cardinal Cisneros que indica "ahí están mis poderes", pero éstos no son cañones propios, sino ajenos: la existencia de los otros partidos y del programa televisivo, así como la de esos once meses que los han hecho posibles y que Suárez capitaliza para sí con habilidad.

Tierno Galván, otra vez, fue mal encuadrado por las cámaras, que la tienen tomada con él y con su mano derecha. Para colmo, al lado de la cabeza, además de los símbolos de su partido, ya innecesarios, acompañó al profesor una fantasmal urna añadida al cuadro, de dudoso gusto televisual. Al contrario que en el caso de Felipe González, que sigue siendo tratado televisualmente con eficacia, a la que su rostro responde. La cámara se fue acercando lentamente a él, como si tratara de llenar una expectación, o

tal vez de crearla. Sin embargo, González nada nuevo aportó a lo que ya había ofrecido en ocasiones anteriores. Estuvo, por el contrario, más con-temporizador y menos polémico, limitándose a realizar correlaciones entre los términos "PSOE", "Pueblo" y "Cambio", así como a insistir en su línea de llamada a la tradición viviente del socialismo español.

Fustigadores volvieron a estar los de FE de las JONS (Auténtica), que siguen sin buscar votos, o buscándolos al revés que los demás. Y, sorprendentemente, se mostró también fustigador, al menos de tono, el plácido Manuel Cantarero, que actuó con un extraño empaque de tribuno, como si tuviera masas delante de él. Al contrario que Eladio García Castro y los hombres de la Democracia Cristiana, muy comedidos de expresión y de concepto. En realidad, y como era de esperar, se repitieron también.

Las dos actuaciones más esperadas, por inéditos sus protagonistas en este espacio, fueron las de Carrillo y Fraga. El primero, muy templado en oratoria coloquial, con sentido del "crescendo", lo hizo bien y hasta se permitió el rizo de citar una bienaventuranza. Y Fraga, que comenzó angelical, fue calentándose poco a poco, y en algunos rasgos volvió a relucir a su probada capacidad para armarla. Por su parte, hizo la única alusión de toda la noche al Rey.

Cansancio ostensible en políticos y en espectadores. La función ha terminado y la sangre no ha llegado al río. Aí menos anoche, la pólvora estaba mojada.